

Dios-Hijo, Redentor de los hombres

1. Dios pudo redimir al hombre de muchas maneras, es decir, pudo, de distintos modos, librarle de la esclavitud del pecado, anular la distancia entre El y el hombre, traerle desde el abandono a la intimidad. Pero en todo caso es necesaria una condición por parte del hombre: transformar su sentir por el arrepentimiento y el amor, por su apartamiento del pecado y vuelta a Dios. La Redención sería si no, un proceso mecánico o natural, como la reparación de una máquina o el crecimiento de las plantas. Debía realizarse de forma que quedara intacta la decisión responsable de la libertad humana. Aunque en último término sea verdad que toda decisión humana es causada por Dios. El hombre puede arrepentirse y volver a Dios sólo cuando Dios le acepta y se inclina hacia él. Pero el hombre, una vez puesto por Dios en movimiento, tiene la responsabilidad de inclinarse o no hacia El. El hombre puede amar a Dios sólo cuando Dios enciende en él el amor; y, no obstante, el corazón humano es el que ama a Dios entregándose a El (Cfr. *Tratado sobre la Gracia*). Sin el arrepentimiento y amor, provocados por Dios, no podría darse liberación de la esclavitud, de la lejanía de Dios, de la cerrazón en la soledad del yo, del dominio del pecado (hamartia).

Dios hubiera podido anular el pecado, cuando se volvieran los hombres hacia El; pero responde al modo de ser del hombre tal como ha sido creado por Dios, que el arrepentimiento de corazón se traduzca visiblemente en el cuerpo, en el marco de la historia humana. El corazón humano no puede ocultar lo que le llena: el cuerpo revela lo que le mueve. Si el pecador se vuelve a Dios por el arrepentimiento, se hará visible en signos que permitan conocer y confirmar el proceso interior; haciéndolo fidedigno, lo distingue del engaño y la ilusión concediéndole fuerza y eficacia en el transcurso de la vida humana.

En la *penitencia* se hace patente la seriedad de la conversión del corazón, el sentido de la intangible validez de lo bueno y de la majestad de lo santo. El arrepentimiento se expresa naturalmente en actos que indiquen la separación humana del egoísmo, del orgullo y vanagloria, de la entrega desordenada al mundo; en ellos hay dolorosa renuncia al poder antidivino, sacrificio del amor y voluntad propios, reconocimiento de la incondicionada dignidad señorial de Dios y de su santidad, voluntad de ordenar otra vez la creación abocada por el pecado al caos. Así se *dará* a Dios *satisfacción*.

Dios hubiera podido exigir como condición previa de la Redención, el que todos los hombres le dieran satisfacción o que lo hiciera uno en nombre de todos. Cuando de hecho pide satisfacción, no por eso debe entenderse que pueden hacerle cambiar de sentimientos los sacrificios y esfuerzos humanos. Dios no está sujeto a cambios de humor (cfr. vol. I, § 87). No es que el hombre mueva a Dios a perdón, sino que Dios amó tanto al mundo "cuando se le volvió hostil, que lo hizo todo para realizar este amor; todo fué hecho, desde la amenaza a la serpiente hasta la Encarnación, la venida del Espíritu Santo y el gobierno de la Iglesia por su gracia. Cuando los hombres eran hijos de la ira, y habían llegado a su más propia situación, estaban rodeados por la incondicional y libre misericordia del nuevo congraciamiento, llevado a cabo por la entrega del Unigénito como Mediador y representante" (Schell). Dios exigía satisfacción y permitió que la vuelta del hombre a la gracia dependiera de él mismo, para que se diera cuenta de la magnitud del pecado, de la irreconciliable oposición entre el mal y la santidad y además para que trabajara seria y cuidadosamente por lograr la santidad divina, es decir, por implantar en el mundo el reino de Dios y restablecer así el orden de la creación trastornado por el pecado. Dios revela el misterio de su santidad y del pecado, siendo El mismo

quien realiza la satisfacción. Así la penitencia del hombre, causada por Dios, se convierte en autorrepresentación de la santidad de Dios, juez del pecado.

2. Dios escogió la más elevada de todas las posibilidades: *la Redención por Dios-Hijo hecho hombre*. Este modo de redimirnos es un *misterio insondable del amor divino*. No podemos medir sus razones. Si a pesar de todo preguntamos su por qué, sólo podemos intentar una respuesta, vacilantes y conscientes de nuestra ignorancia. Se puede decir que Dios en la Encarnación de su Hijo quiso manifestarnos su gloria oscurecida por el pecado, que quiso enseñarnos también lo horrible del pecado y el alcance de nuestra responsabilidad. La gloria de Dios se revela a los hombres de modo visible en la Encarnación, como amor, poder, misericordia, justicia, sabiduría. En la Encarnación y muerte del Hijo al amor de Dios se hace visible, asequible, creíble e históricamente fuerte. En la naturaleza sigue oculto entre crueldades. También puede decirse que Dios quiso restablecer su reinado (*basileia*) en la Historia y en la Naturaleza, dominadas por fuerzas antdivinas, con la propia grandeza y del modo que correspondía a la dignidad e indignidad del hombre caído. Por esta su intención y voluntad hizo el mayor sacrificio: entrar en la historia y aceptar el destino humano.

Respecto a la naturaleza caída en la maldición del pecado puede decirse: “¿Es posible conocer en la naturaleza la bondad paternal de Dios, aun cuando sonría y se adorne? Porque siempre es cruel y su sonrisa tiene siempre algo de la del loco y extraviado, que no sabe por qué ríe. Su belleza no nos tiene consideración alguna, no se adorna para nosotros ni para nadie; sigue su frío camino sin preguntar por nosotros. Y ¿por qué debería hacerlo? En sus valles, canales pequeñitos para el agua de los deshielos, hacen un ridículo papel las casas de los hombres, especie de malogrado intento de imitar el modo de ser de esos valles. Parece, pues, que la Naturaleza no siente nada respecto a nosotros... ¿hay un resto de buena voluntad en ella para con algún otro ser? Sin duda, quiere conservar las especies, pero los individuos le son del todo indiferentes; y conserva las especies a través de una lucha cruel, a base de una enorme suma de dolor y tormento. ¡Dios lo hizo así! Tal vez ocurra que no tenemos la noción correcta de bondad paternal. Cuando brilla el sol auroral y se levantan trinando las alondras, vemos una imagen de la bondad paterna de Dios. Pero a la vez innumerables animalitos que salieron de mañana a gozar ese sol son devorados;

y los devoradores también alaban al Señor, Dios, que tan a punto preparó su mesa. ¿También ese ser devorado es una expresión de la bondad paternal de Dios? Cuando hay tormentas de nieve por la altura y la niebla gris, fría y solapada lame las paredes, nuestro corazón se contrae de tristeza y soledad; no vemos entonces ningún signo de la bondad paternal de Dios. Y, a pesar de todo, así debe ser. Nuestra representación e idea de la bondad paternal, no puede aplicarse a la Naturaleza". Y mayor validez tiene esto en la Naturaleza inorgánica: "¿No hay algo hostil en la naturaleza inanimada?" Lo viviente es cálido y próximo, incluso allí donde amenaza, como en el tigre; pero en la piedra y en el agua, en los glaciares e incluso en los mismos rayos brillantes del sol hay algo sin corazón. ¿Serán todos estos seres inanimados los apóstatas de la vida, manifestaciones decadentes de ella, rocalla que la impetuosa corriente de lo vivo ha desechado y dejado tras de sí?... Y desde entonces arde en estas cosas un odio oculto y callado hacia la vida, incluso en los cristales y en las claras ondas del río Inn. Yo quisiera amar esas graciosas ondas, son claras y brillantes, en mitad de su espejo bailan pequeñas diademas, pero ellas no me aman, no tienen parte alguna en mí, les soy totalmente indiferente o tal vez odiado y si con toda su fuerza me destrozaran seguirían saltando intactas, indiferentes y sin pena con toda su penetrable claridad sobre mi extinguida vida" (P. Lippert).

El creyente no puede dejar de ver realizado el amor de Dios en Cristo crucificado. En el sacrificio del Hijo predilecto, en su obediencia y renuncia hasta la Cruz, en su silencio, en su sangre derramada se expresa tan evidente el amor de Dios, que quien tenga voluntad lo experimentará, sin duda (*I Io.* 4, 6; 3, 16). Es claro que está oculto para los hombres de mala voluntad: a ellos les está siempre y en todas partes oculto, pues en ninguna otra cosa se revela más clara y evidentemente. Lo más grande y sublime es el amor sacrificado: nada hay sobre El. Quien por tener el corazón endurecido no lo sienta así, quedará para siempre encerrado en la fría soledad de su yo (*Rom.* 12, 2; *Io.* 3, 16-19).

Al revelar Dios su amor en la muerte de Jesús crucificado, lo revela en un modo de *justicia*. El amor de Dios es operante en íntima unión con su justicia; no pasa por alto el pecado en bondadosa condescendencia; eso no ayudaría nada al hombre, pues su corazón ni rechazaría el mal ni aceptaría el bien: no habría conversión. Dios no perdona al hombre nada de la gravedad del pecado o de la satisfacción. Pero justamente así se revela su bon-

dad, realizada por El mismo en la naturaleza humana. La Encarnación de Cristo y, sobre todo su muerte en la Cruz, es en la misma medida una revelación de la infinita majestad de lo Santo y de la infinita obligación al bien de los hombres. En lo horroroso de esta muerte, tiene el hombre conciencia de los abismos del pecado; pero siente a la vez una llamada desde la desesperación en que pudiera caer al sentir el misterio terrible de la muerte de Cristo, hacia la confianza y el amor, hacia la animosidad y la valentía: hacia Dios. El puede superar todo terror nacido del pecado. Al entrar Dios en la historia humana, para cargar el pecado, vivirlo y anularlo de una vez para siempre, ya no puede el poder del mal matar la esperanza de la victoria del bien, por más que bajo especies propias y extrañas o bajo formas las más caóticas, aparezca en la historia de la Iglesia y en la historia de la Humanidad.

3. En la Encarnación se cumple en forma máxima el sentido de los seres racionales creados, que es el conocimiento y alabanza de la gloria de Dios. Del corazón del Hijo encarnado hace Dios brotar un amor y una adoración, una obediencia y una entrega, que ilumina las tinieblas del pecado. El mundo ya no podrá olvidar que Dios es su Señor, porque Cristo, cabeza del mundo, no puede olvidarlo. Ya para siempre queda el mundo entregado a las manos del Padre en amor, gratitud, obediencia y entrega, ya que su cabeza, Cristo, se entrega ya para siempre al Padre en todas sus formas de ser: históricas, sacramentales y gloriosas. El mundo cuyo centro es Cristo, Dios-Hombre, está ya indisolublemente unido a Dios. "Dios está sobre el mundo no sólo como su rey soberano, sino incorporado a él como cabeza; la creación no está sometida a su Señor simplemente como lo están los súbditos a su rey, sino que el mismo Señor es del mundo y pertenece a él. La creación participa por eso de la dignidad regia de su Señor, que también pertenece a su totalidad, y es elevada desde la esclavitud de la criatura a la libertad y filiación. Dios pertenece al mundo en la medida en que pertenece a Cristo; todo se dirige a Cristo, fin de todas las cosas; pero Cristo es Dios y en El Dios es posesión y propiedad nuestra, porque Cristo nos pertenece y le pertenece a Dios. La creación, apta de por sí solamente para aceptar y cumplir en espíritu de servicio y obediencia la ley fundamental de toda creación, tiene su causa propia y fin último en el Dios-Hombre y su actividad autónoma y libre se levanta desde la entrega voluntaria hasta el sumo Bien empleando las fuerzas concedidas por la gracia; de tal manera

que en su actividad fundamental ella misma es orden sobrenatural y su ley, la gracia y su fuerza, porque la creación en el Dios encarnado se hace fin último y se da a sí misma su ley fundamental y la gracia para su general cumplimiento. Por la Encarnación lo que hasta entonces era prerrogativa divina—conceder la gracia, ser ley y fin último del mundo—, se convierte en adquisición (en el más alto sentido de la palabra) de la actividad autónoma de la criatura: del Dios encarnado. La ley fundamental expresada en cada rasgo de la configuración real del mundo dice: lo que es regalo gratuito de Dios mediante la gracia, debe ser en lo posible adquisición de la actividad autónoma de la criatura. Tal ley tiene su cumplimiento más perfecto en la Encarnación de Cristo” (Schell).

4. Restan aún *dos cuestiones* relacionadas con la Encarnación de Cristo.

a) Se refiere la primera a la relación entre pecado y satisfacción. Desde San Anselmo se planteó la Teología de la Edad Media el problema de si no será inherente a la Encarnación cierta necesidad intrínseca. Se decía: en el supuesto de que Dios exija una satisfacción completa del pecado, era necesaria la Encarnación. La gravedad de la ofensa, del pecado, se mide por la dignidad del ofendido; por tanto, el pecado es una ofensa infinita. La satisfacción completa de tal ofensa deberá ser, pues, infinita; ninguna criatura puede dar satisfacción completa del pecado sino sólo Dios encarnado.

A esta concepción hizo Duns Escoto la objeción casi irrefutable de que el pecado no es infinito según su esencia, sino sólo por razón de su fin; es una ofensa finita. El hombre finito no puede hacer nada infinito. Si el pecado es, pues, finito por su esencia es posible compensar su no-valor (Unwert) por un bien finito. Dios podría haber elevado a cualquier criatura al orden sobrenatural y la criatura así elevada hubiera podido hacer obras de amor suficientes para reparar el pecado. Estas obras serían como el pecado, finitas por su esencia, pero infinitas por su fin. Según esta explicación, la Encarnación sólo fué necesaria cuando Dios quiso expresar su amor redentor de manera sobreabundante: eso ocurrió en Cristo.

Otro reparo puede hacerse a la teoría de San Anselmo, y es que en el fondo se basa en una concepción del pecado, como perturbación del *orden jurídico*. De ser necesario restablecer el orden y hacer una reparación adecuada, sólo podía ser obra de Dios encarnado. Pero los Padres siempre creyeron que el efecto del pecado

fué, ante todo, una perturbación del *orden ontológico*: lo que se hace evidente en el hecho de la muerte. La Redención significa, por tanto, más que el desagravio formal a la ofendida majestad de Dios, una liberación del dominio de la muerte. Dios mismo, por su amor infinito, hizo esa liberación. Puede decirse que el pecado perturba tanto el orden ontológico como el jurídico, ya que trastorna el orden real establecido por Dios y reflejo de su Ser: orden, que es, por tanto, justo y legal.

b) *La segunda cuestión* es: ¿determinó Dios la Encarnación en previsión del pecado o toleró el pecado bajo el supuesto de la Encarnación? O de otra manera: ¿se hubiera encarnado el Hijo de Dios si no hubiera habido pecado? ¿Es la redención del pecado el único fin de la Encarnación?

En los Símbolos de la Iglesia y en la Biblia sólo se nos dice que el Hijo de Dios se encarnó por nosotros (cfr. Símbolo niceno). Vino para convertir a los pecadores (*Lc. 5, 23*), para buscar y salvar a los que estaban perdidos (*Lc. 19, 10*), para que el mundo sea salvo (*Jo. 3, 17*), para salvar a los pecadores (*I Tim. 1, 15*). Lo mismo parece que piensan los Santos Padres.

Apoyándose en estos y otros textos bíblicos, Santo Tomás de Aquino, San Buenaventura y la mayoría de los teólogos posteriores opinan que la única razón de la Encarnación es la Redención. No sabemos lo que hubiera hecho Dios de no haber habido pecado. Duns Escoto, Ruperto de Dacia, Alejandro de Hales y San Alberto Magno dicen, en cambio, que la Encarnación pertenece al plan divino original de la creación, y que hubiera tenido lugar incluso sin el pecado. Esta opinión es común a los escotistas y ha sido defendida posteriormente por San Francisco de Sales, Suárez, Scheeben y Schell.

A favor suyo se dan algunas razones: los textos aducidos por los tomistas hablan del orden real de la salvación que está condicionado por el pecado. La misión del Hijo de Dios es, en realidad, la reconciliación de todas las cosas en la tierra y en el cielo: logra la paz con su sangre (*Col. 1, 20*).

El Espíritu Santo, que habla por estos textos, no da, por tanto, una interpretación a la cuestión propuesta, pero lo hace en otros lugares; y los textos que vamos a aducir no deben pasarse por alto como favorables a una determinada interpretación de las mentadas. Según la Epístola a los Hebreos (2, 10), el universo ha sido creado para Cristo: por Cristo existe; por El y para El han sido creadas todas las cosas (*Col. 1, 15-17*). Cristo está en la cima del

universo que tiene en El la subsistencia; Cristo es el Primogénito de la Creación. Aquí se dice claramente que Cristo fué el primer pensamiento creador de Dios. Todo lo demás fué creado en El; todas las demás cosas fueron pensadas y decretadas para El. Según la epístola a los Colosenses (1, 15-17), Dios ha querido (en previsión del pecado) reconciliar el cielo y la tierra en la Encarnación, incondicionalmente decretada desde el principio (cfr. *Eph.* 1, 1-12). (Véase § 103.) Cristo es a la vez razón primera y última cima de la Creación. ¿Se puede pensar que sólo en previsión del pecado puso Dios la razón y corona de la creación en Cristo, y que si no hubiera habido pecado el mundo se hubiera quedado sin razón ni corona?

La interpretación escotista está en la línea de la doctrina bíblica: la Encarnación es el fin último de la Creación, en cuanto las criaturas participan de la unión de lo humano y divino en su más lograda perfección. Al margen del sentido redentor también tiene la Encarnación este otro sentido; lo que indica que no fué decretada por Dios sólo en previsión del pecado. La Encarnación es un misterio tan grande que no puede ser simple consecuencia del pecado. Habría en la sabiduría divina una contradicción entre medio y fin, si Dios para anular el pecado realizara obra tan grande. En tal caso la mayor de las obras divinas habría sido hecha en función del pecado; Dios no obra el bien por el mal, sino que permite el mal por el bien. La teoría opuesta concedería demasiado rango al pecado. Lo primero que se quiere no puede ser el mal, sino el bien. El bien no está al servicio del mal, sino al contrario. Parece, pues, que lo primero querido fué la Encarnación, y la permisión del pecado está condicionada al decreto de la Encarnación. Sólo porque Dios previó que habría un momento en que desde la tierra le saldría al paso una llama de amor, en cuyo fuego ardería toda resistencia y rebelión, odio e infidelidad, permitió el mal. Cuando habla San Agustín de la *felix culpa* no quiere decir que el pecado fuera la ocasión del dichoso acontecimiento de la Encarnación, sino que el pecado tuvo una sobreabundante curación en la Encarnación, independientemente decretada.

La Encarnación fué decretada por la *Trinidad divina*. El hecho de que fuera el Hijo quien se encarnó no significa que tuviera con la Creación relación más próxima e íntima que las demás Personas. Las tres Personas están igualmente cerca y lejos de la Creación. Lo mismo que el Hijo podían haberse encarnado el Padre y el Espíritu Santo: lo mismo que El podían descender hasta la criatura y atraerla hacia sí.

Era conveniente que el Hijo se encarnara por las siguientes razones: la Encarnación tenía que ser revelación de la gloria divina y el Padre expresa su gloria en el Hijo, su personal Pensamiento y Palabra. La Encarnación debía además tender al restablecimiento de la filiación divina y de la deshecha semejanza a Dios. El segundo "Yo" en la vida trinitaria es el Hijo, imagen y semejanza del Padre; al participar de su vida nos hacemos hijos de Dios y semejantes a El.